

Sewesewe jumayotsska / El águila que acecha desde el cielo

rito de paso Maibén-Masiware

Ariel Romero, hoy nuevo fiscal de la Junta de Cabildo Indígena del resguardo, tiene ya casi listo un manual ilustrado de identificación de peces en su lengua. Y es que ahora los niños dicen “papá trajo payara”, no “*wemai*”, cuando él regresa a casa con la pesca del día, en la comunidad de La Esmeralda, del pueblo Amorúa. Difícilmente se los escucha llamando *wakali* y *tsumera* al caribe y la guavina del río, o *jiweinta* y *kojonoba* al aguadulce y el dienteperro del morichal. La penetración de la cultura occidental es cada día más fuerte y se ha requerido de un esfuerzo enorme por parte de él y otros muchos para hacerle frente, especialmente de jóvenes que comparten la urgencia vital de conservar su identidad.

“Concientizar a los jóvenes de la cultura de su pueblo es más importante que lo que viene de afuera”, dice Luis Manaquecha Watibantrocha, de la comunidad de San José, un orgulloso ribereño del Ariporo, joven del pueblo Maibén-Masiware. Pero, como él bien lo sabe, mantener viva una cultura no se logra construyendo museos, curando exposiciones y limpiando archivos de hongos, polillas y comején. La cultura es una sustancia volátil, una forma de ver, más que algo visible. Por eso, reside especialmente en los mayores. Son los abuelos, como su tío Mateo Tawadi, los que transmiten la enseñanza de Bojnowi, el hombre nutria, primer maestro que enseñó, entre otras muchas tradiciones que hoy languidecen, a “sacudirse en la pista de baile”, *bejiwijiwi petakjupaná nadükjübajé*, al ritmo de las admoniciones que se administran cuando un joven cambia de voz y se hace hombre ante la comunidad y ante la Ley Mayor. Los mayores tienen la visión del águila que acecha desde el cielo, *sewesewe jumayotsska*, la visión del yopo y el capi; solo ellos saben exigir la disciplina de la dieta y el celibato que se requiere para poder pedir y recibir el conocimiento, para ganarle a la flojera, para empezar a ver. Ver de verdad, que no es contemplar, sino recibir la posta, guiar durante una vida y eventualmente entregarla a los que vienen.

“Lo primordial es el idioma, que jamás vamos a olvidar, así venga la civilización”, dice Fredy Lara, de 20 años, Yamalero de la comunidad de Topochales. También tiene clara la importancia de reencontrarse con por lo menos una parte del territorio ancestral y las rutas de su pueblo –los corredores culturales de pervivencia que cada uno de los diez pueblos identifica dentro y fuera de los límites del resguardo, que están a la base de su sostenimiento físico y de su vida espiritual –: “Por el lado del río Cinaruco hay muchos sitios sagrados, que son los más importantes para nosotros y que queremos recuperar, como *yomotinata* (caño yamú) y *jara matatebjü* (charco de la galápaga). No se ha podido, porque hay mucha gente campesina y yo creo que ya hay parques, que los cuidan muchísimo. Pero el sueño de nosotros es ir hasta ese lugar, conocer cómo es y recuperar todo lo que se ha perdido”.

